



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 24 DE OCTUBRE DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

## Sembrando flores en jardines ajenos

EL AROMA DE LAS ROSAS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“Una torta de frijol y queso”, ordenó Chago sin mirar el menú. Solía detenerse en “La Florentina” cada vez que viajaba a la Ciudad de México. Había buen espacio para estacionar el tráiler y en la casa de al lado vivía Rosita, que no le cobraba mucho por sus ratos de amor y además le daba trato especial: compartiéndole su cama si requería quedarse a dormir algunas horas. Pero esa noche era diferente, debía continuar por carretera para llegar a su destino antes del mediodía siguiente, así es que se metió entre las sábanas media hora y se despidió con un beso. Ya tenían muchos años de conocerse, así es que Rosita no dudó en avisarle: “Te huele raro la boca, Chago”. Él se quedó pensando y respondió llevándose una mano a la frente: “Debe ser el hambre. Desde que crucé la ‘Curva del Murciélago’ me dolió la cabeza. Voy a comer algo”.

Al dar la primera mordida al lonche de frijol, sintió que algo tronó en su boca, y hasta el cráneo se le estremeció. El dolor hizo eco por toda la espina dorsal hasta continuar por las piernas y enterrarse en los pies. Sintió humedad en la lengua. Le supo a sangre. Sacó de la boca lo que tenía adentro: Un pedazo de torta machacada y una piedrita que se habría colado entre el frijol molido. Luego, un pedazo de muela. Todo embadurnado en sangre. Sintió un vacío en la mandíbula. Al tocar con un dedo, el otro pedazo de muela estaba ahí, flojo, listo para salir con solo levantarlo.

Subió al tráiler con las piernas temblándole. Sin señal de internet hasta diez kilómetros más adelante, conducía erráticamente, medio cegado por un dolor que le desmoronaba el revestimiento interno de sus mejillas, y que le endurecía el cráneo. Iba como río abajo a punto de desbordarse. Apretaba, pero el suplicio no cedía. Llegó a la zona baja y se orilló como pudo. Buscó a través del teléfono. Marcó a la clínica dental que se encontraba más cerca. “Cerramos a las diez de la noche”.

“Pregúntele a la doctora si me espera a las once... por piedad”, dijo mirando el reflejo de su rostro deforme sobre el cristal frontal del tráiler. Chago solo escuchó silencio, pero en la carretera tronaban fuerte los cláxones desesperados de los autos que le reclamaban que estuviera mal orillado. “Sí, pero le cobra cincuenta por ciento más caro”. “Voy para allá”.

El dolor iba adormeciéndole la conciencia, pero Chago apretaba los dientes, se mordía los labios y los cachetes, y reacomodaba su cintura. Cuando entró a la ciudad conocía de memoria el camino, hasta la bocacalle que iba a dar a la clínica. Ahí se encontró con que era de venida, y no de ida. Ni siquiera respiró, se lanzó en contra. Atravesó dos calles y de la oscuridad salió un auto del que se



encendió una sirena y se le colocó al frente para detenerlo.

“Es emergencia, oficial”, pronunció el trailerero toscamente, con el hocico hinchado y la camisa ensangrentada, como si bajara de un ring, en medio de una pelea. “Le va a costar, amigo”. Chago abrió la cartera y le dio los únicos mil pesos que traía. “¿Con qué le voy a pagar a la doctora, oficial?”. El patrullero regresó al auto con su dinero en la mano.

“Siéntese donde guste”, le dijo la dentista al recibirlo. Iba a tomar sus datos, pero al verlo llorando, mejor le dijo: “Pásele por acá de una vez”, y lo sentó en el sillón estomatológico. Sobre la charola de metal, Chago pudo observar el espejo de exploración, la sonda, las pinzas, el bisturí, tijeras, porta agujas, alicates y fórceps, todo lo que podría llegar a ser necesario. “Abra la boca”. La mujer examinó. “Le va a costar tres mil pesos”. Chago se quedó con la boca abierta. “¿Le puedo dejar en garantía un tráiler con diez autos? Prometo regresar a pagarle”.

La dentista sonrió. “De acuerdo. Mi nombre es Olivia y voy a hacer una travessura que, le va a doler, pero no me voy a tardar”. Chago sintió que un relámpago lo rompía por dentro. Endureció el cuerpo y comenzó su trayecto en descenso. Cuando diez minutos después, la felicidad comenzó a aparecer en él, por primera vez en la vida deseó oler largamente el aroma de una rosa. Y se aseguró que eso haría muy pronto, antes de que un día, le llegara la muerte.

LA NOTA JUNTO AL FLORERO  
OLGA DE LEÓN G.

En la casa, ella lo esperaba amorosa y resignada a recibir migajas. Al fin y al cabo, él nunca me falla, siempre está cuando lo necesitamos y me trae su

“raya” completita. Le decía a su madre y cuanta vecina o comadre se entrometían en su vida llevándole “chismes”: que, si lo vieron el otro día muy acaramelado; que, si estaba en la cantina de la esquina, cuando en su casa decía andar trabajando...

La mesa estaba puesta con mantel limpiecito y vajilla de fiesta. Solo cenarían ella, María, y su esposo, los hijos se habían ido a quedar con los abuelos, después de salir de clases; allá pasarían el fin de semana. Disfrutaban estar con ellos. Habían cumplido quince años de casados un día antes, pero, el Chago no llegaría sino hasta hoy, sábado. Un día antes había tenido un viaje especial de la compañía para la que trabajaba, había manejado hasta la capital y regresarse de inmediato sería casi imposible. Además, se merecía un buen descanso, ya tenía pensado pasar por con Rosita, aunque no contaba con que el destino le tenía preparado un tremendo dolor de muelas que lo entretendría más.

En su casa, María preparaba la comida que le gustaba a él: asado de puerco, pollo en mole y arroz rojo con chícharos: el hombre era de buen colmillo y mejor apetito. Mientras ponía a cocer las carnes en diferentes cazuelas, el pensamiento de María voló al pasado. Comenzó a recordar el día que se conocieron, lo galante que era entonces Santiago, Chago, como todos lo conocían; pero, a ella le gustaba decirle por su nombre completo, Santiago Jesús, o solo Santiago.

En esos menesteres estaba, cuando alguien tocó a la puerta, era un mensajero en taxi de allí del pueblo; se asomó y él le entregó un ramo de doce rosas. El rostro se le iluminó y agradeció con una buena propina que sacó de su bote de las ferias que guardaba en la cocina, encima

del trastero.

Tomó el sobre que traía el ramo y lo dejó a un lado de la mesa del comedorcito. Puso las flores en un jarrón que llenó de agua en el fregadero de la cocina, y fue a buscar el sobre con la nota.

Los aromas a pollo y pierna de puerco, y chile colorado y especias ya inundaban no solo la cocina sino toda la casa, que era pequeña. Postergó leer la nota que venía en el sobre, por atender a seguir con los guisos. Se dijo, para sí: “al rato lo abro y leo el mensaje”.

Continuó con la preparación del arroz rojo. Y, les retiraba la vaina a los chícharos, cunado sin ningún motivo le vino a la mente las veces que otros hombres se le insinuaron, incluso llegaron a prometerle ponerle mejor casa que la que le había construido Santiago: “María, hazme caso, yo sí te quiero, no como ese marido tuyo que te abandona por días y hasta semanas, por andar con mujeres fáciles”.

Uno le llegó a decir, divórciate, yo quiero a tus hijos y ellos son amigos de los míos, formemos un buen matrimonio. Mira, tu sabes que soy viudo, tengo recursos, propiedades y tú serías la reina de la casa, no la sirvienta. Sacudió su cabeza, se llevó las manos a las sienes como queriendo borrar sus pensamientos.

Las horas pasaron y, el marido no llegó. María se metió a su cuarto con el sobre del ramo que le llegó... no alcanzó a abrirlo, se durmió.

Por la mañana, se levantó descansada, recogió la mesa que había dejado puesta para cenar con el marido y solo colocó en el centro el florero con agua y las doce rosas rojas que le había mandado su esposo, y echó una aspirina al agua para que aguantaran más tiempo en buen estado.

Regresó a la recámara, tomó una maleta que tenía bajo la cama: estaba llena, tenía alguna ropa, dinero y los afeites y cosas necesarias para su aseo y tres boletos para viajar en autobús: la llevó al comedor y la dejó a un lado de la puerta. Había tomado una determinación hacia tiempo, pero a nadie le contó de sus planes.

Sacó pluma y papel del cajoncito de en medio del trinchador, y escribió:

“Santiago:

Encontrarás todo en orden, la comida sobre la estufa y las flores en el centro de la mesa. Parece que el destino te jugo sucio esta vez... pero a mí, a mí me hizo un favor. Si para cuando llegues las rosas aún están vivas, puedes reenviárselas a quien iban dirigidas. Que, por azares del destino o buena voluntad de alguien, me las trajeron a mí. No me busques, no me hallarás, y si de casualidad, dieras conmigo: no regresaré. Los hijos irán conmigo: soy su madre, de eso no hay duda”.

P.D. La nota que acompañaba al ramo, también te la dejo.



William Penn

Cuáquero inglés, fundador de la colonia norteamericana de Pennsylvania (Londres, 1644-1718). Era hijo de Sir William Penn, almirante de la flota inglesa en las guerras contra España y Holanda. En 1666 se sumó a la secta protestante de los cuáqueros, fundada en aquellos mismos años por George Fox; se sintió atraído por su mensaje de revitalización del cristianismo, rechazando los dogmas y los cultos para luchar por la fraternidad, la igualdad, la libertad y la paz universal. Perseguido por estas ideas -al igual que Fox-, se convirtió en predicador y defensor de la causa de la libertad religiosa en Inglaterra.

William Penn entró en la política inglesa de la mano del partido Whig, al que le unían las ideas de tolerancia y división de poderes; pero, defraudado por los fracasos políticos cosechados en la metrópoli, acabó volviendo su vista hacia las colonias inglesas en Norteamérica, en donde ya se habían establecido algunos cuáqueros (en Nueva Jersey). En 1681 obtuvo del rey Carlos II de Inglaterra -a cambio de la anulación de unas deudas- una concesión territorial en Norteamérica, con un nombramiento de gobernador que le permitió organizar una nueva colonia al año siguiente; le dio el nombre de Pennsylvania en honor de su padre, si bien incluía el territorio de los actuales Estados de Pennsylvania y Delaware; y fundó la ciudad de Filadelfia como capital.

La colonia, que fue propiedad de los Penn hasta la independencia de los Estados Unidos (1783), fue un modelo por su constitución liberal y democrática, por el respeto con que trató a los indios y por la tolerancia con que acogió refugiados e inmigrantes de diversos lugares de Europa, dando lugar a una sociedad multicultural.

Penn regresó enseguida a Inglaterra (1684), en donde su amistad con el rey Jacobo II le permitió aconsejar a éste una política tolerante en materia religiosa. Fue perseguido tras la revolución de 1688, época en la que Pennsylvania sufrió ataques de la Corona y del Parlamento a su autonomía. Tras su segundo viaje a la colonia (1699-1701), defraudado por su mal entendimiento con los colonos y por las deslealtades de personas de su entorno (incluido su hijo William), se disponía a vender Pennsylvania cuando le sorprendió la muerte.

*ad pedem literae*

La fe, incluso la profunda, nunca es completa

Jean Paul Sartre

Letras de buen humor

Experiencia es el nombre que damos a nuestras equivocaciones

Oscar Wilde

Mónica Lavín

## El silencio

Los bodegones de Morandi se exhiben en la Sala Recoletos de la Fundación Mapfre en Madrid. Giorgio Morandi (1890-1964) se desmarcó de los movimientos de su época y se concentró en el trabajo recluso en su estudio de Bolonia en vía Fondazza, recientemente abierto al público. Parece mentira que el acomodo de objetos cotidianos como jarras, candelabros, tazas, vasos, botellas sobre superficies rectangulares o circulares de discreto beige o marrón, con un fondo ligeramente distinto al soporte en grises y arenas, produzca una particular relación con lo mirado. La jarra más alta puesta al lado de otra, al frente un vaso que en el otro cuadro está a la derecha. Los cambios de disposición hacia los lados, hacia el frente dan la sensación de un retrato de familia. Los objetos muy juntos, las jerarquías definidas de distinta manera como si padres o hijos, abuelos y hermanos se apiñaran para ser capturados por la pincelada transparente de Morandi. Contemplar estos bodegones de objetos inertes produce una íntima quietud (tan atinado el nombre en inglés: still life, vida quieta). Tal vez el sosiego del estudio-habitación del pintor italiano que acomodaba las piezas exponiéndolas a la luz del balcón y haciendo de ello el objeto de indagación, se transfiere a las obras terminadas que con su discreta belleza invitan al silencio.

El silencio importa. Me temo que ya he escrito sobre él y que seguramente repetiré algunas reflexiones. Uno reincide en lo que le inquieta, explorando posibles respuestas. Importa el silencio en el arte.

La música está hecha de esos contrastes y es evidente que hay signos en las partituras para señalarlo. En la plástica que transforma el espacio con las formas, el color o las tres dimensiones de la escultura el silencio está en otro lado. Morandi logra comunicarlo involucrando nuestra vista, que casi aprecia una mota de polvo que flota en el rayo de luz que no está en el cuadro. Morandi alude a lo que no está en el cuadro. Lo mismo pasa con las esculturas de Jaume Plensa. Aquella gran cabeza de mujer que da la impresión de haber sido hecha en alabastro blanco o una piedra fantasma de cara a la avenida populosa y concurrida de Madrid, cierra los ojos para respirar la urbe. Acaban de colocar un rostro nuevo, obra del escultor español, que desde Jersey City mira a los muelles de Manhattan mientras se coloca un dedo sobre los labios. Water Soul se relaciona con el horizonte de manera muy distinta a la Estatua de la Libertad. La una exhorta, la otra calla. La de Plensa es poética y nos refiere a lo humano entre la carga que va y viene por los mares. Guarda silencio frente a la bastedad y el ajeteo.



El silencio es más difícil por escrito. El poema lo gana porque el blanco de la hoja lo concentra en la columna de versos que son el ojo de la página. Pero la prosa es un paisaje extendido de palabras y el silencio se agazapa en los intersticios de lo que no es obvio, de lo que nos liga con actitudes y atmósferas. Siempre desconfió de las demasías páginas porque me temo que han ahogado el silencio. El cuento trabaja con él porque

alude a lo no dicho. En ello está su potencia y razón de ser. El reto en la novela es lograr personajes poderosos y contradictorios pero también cargados de silencios que son elocuentes. Tal vez el arte siempre está negociando entre lo dicho y lo no dicho. Entonces ¿cómo llenar la página de palabras y hacer sentir, como Morandi en sus quietos bodegones, como Plensa en sus rostros callados, la calidez acompañadora del silencio?